

Capítulo 1

¿Qué es el ecosocialismo?

Crecimiento exponencial de la polución del aire en las grandes ciudades, del agua potable y del medio ambiente en general; calentamiento del planeta, comienzo del derretimiento de los dos casquetes polares (Groenlandia y Antártica), multiplicación de los cataclismos "naturales"; comienzo de destrucción de la capa de ozono; destrucción, a una velocidad creciente, de los bosques tropicales y reducción rápida de la biodiversidad por la extinción de millares de especies; agotamiento de los suelos, desertificación; acumulación de residuos, principalmente nucleares, imposibles de manejar, ya sea en los continentes o en los océanos; multiplicación de los accidentes nucleares y amenaza de un nuevo Chernóbil; polución de los alimentos por los pesticidas y otras sustancias tóxicas o por manipulaciones genéticas, "vaca loca" y otras carnes con hormonas...

Todas las alarmas están en rojo: es evidente que la carrera loca hacia la ganancia, la lógica productivista y mercantil de la civilización capitalista/industrial nos conducen a un desastre ecológico de proporciones incalculables. No es ceder al "catastrofismo" constatar que la dinámica de "crecimiento" infinito inducida por la expansión capitalista amenaza con aniquilar los fundamentos naturales de la vida humana sobre el planeta.¹

¹ Ver, sobre este tema, la excelente obra de Joel Kovel, *The Enemy of Nature. The end of capitalism or the end of the world?* Nueva York: Zed Books, 2002.

Los marxistas y la ecología

¿Cómo reaccionar frente a este peligro? El socialismo y la ecología –o, al menos, algunas de sus corrientes– tienen objetivos comunes, que implican un cuestionamiento de la autonomización de la economía, del reino de la cuantificación, de la producción como objetivo en sí, de la dictadura del dinero, de la reducción del universo social al cálculo de los márgenes de rentabilidad y a las necesidades de la acumulación del capital. Ambos, socialismo y ecología, invocan valores cualitativos: el valor de uso, la satisfacción de las necesidades, la igualdad social para unos; la protección de la naturaleza, el equilibrio ecológico para los otros. Ambos conciben la economía como “encastrada” en el medio ambiente: social para unos; natural para los otros. La cuestión ecológica es, desde mi punto de vista, *el gran desafío* para una renovación del pensamiento marxista en los umbrales del siglo XXI. Exige de los marxistas una profunda revisión crítica de su concepción tradicional de las “fuerzas productivas”, así como una ruptura radical con la ideología del progreso lineal y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna. El filósofo alemán Walter Benjamin fue uno de los primeros marxistas del siglo XX que se planteó este tipo de cuestiones: desde 1928, en su libro *Dirección única*, denunciaba la idea de dominación de la naturaleza como una “enseñanza imperialista” y proponía una nueva concepción de la técnica: no más control de la naturaleza por el hombre, sino “control de la relación entre la naturaleza y la humanidad”. Algunos años más tarde, en las *Tesis sobre el concepto de historia* (*Über den Begriff der Geschichte*, 1940), enriquece el materialismo histórico con las ideas de Charles Fourier: ese visionario utópico había soñado “con un trabajo que, muy lejos de explotar la naturaleza, [esté] en condiciones de hacer nacer de ella las creaciones que dormitan en su seno”.²

² Walter Benjamin, *Sens unique* (*Einbahnstraße*, 1928). París: Lettres Nouvelles-Maurice Nadeau, 1978, p. 243; y “Thèses sur la philosophie de l’histoire”, en *L’Homme, le Langage et la Culture*. París: Denoël, 1971, p. 190. También se puede mencionar al teórico socialista austriaco Julius Dickmann, autor de un ensayo pionero publicado en 1933 en la revista francesa *La Critique sociale*: según él, el socialismo no sería el resultado de un “desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas”, sino más bien una necesidad impuesta por la “constricción de la reserva de los recursos naturales” dilapidados por el capital. El desarrollo “irreflexivo” de las fuerzas productivas por

Todavía hoy, el marxismo está lejos de haber subsanado su retraso en este campo. Sin embargo, algunas reflexiones que se desarrollan desde ahora empiezan a ocuparse de esta tarea. Un camino fecundo ha sido abierto por el ecologista y “marxista-polanyista” norteamericano James O’Connor: es necesario agregar, a la primera contradicción del capitalismo, examinada por Marx, que se da entre fuerzas y relaciones de producción, una segunda, entre las fuerzas productivas y las *condiciones de producción* –los trabajadores, el espacio urbano y la *naturaleza*, desarrolla O’Connor–. Por su dinámica expansionista, el capital pone en peligro o destruye sus propias condiciones, empezando por el medio natural. Una posibilidad que Marx no había tomado en cuenta suficientemente.³

Otro abordaje interesante es el que sugiere un “ecomarxista” italiano en uno de sus textos recientes:

La fórmula según la cual se produce una transformación de las fuerzas potencialmente productivas en fuerzas efectivamente destructivas, sobre todo en relación con el medio ambiente, nos parece más apropiada y más significativa que el muy conocido esquema de la contradicción entre fuerzas productivas (dinámicas) y relaciones de producción (que las encadenan). Por lo demás, esta fórmula permite dar un fundamento crítico y no apologético al desarrollo económico, tecnológico, científico y, por lo tanto, elaborar un concepto de progreso “diferenciado” (E. Bloch).⁴

Sea o no marxista, el movimiento obrero tradicional en Europa –sindicatos, partidos socialdemócratas y comunistas– sigue aún profundamente marcado por la ideología del progreso y por el productivismo: en varias ocasiones llegó a defender, sin plantearse demasiadas preguntas, la energía nuclear o la industria automotriz. Es verdad, hay un comienzo de sensibilización en relación con el ecologismo; estas ideas

parte del capitalismo mina las propias condiciones de existencias del género humano (“La véritable critique de la production capitaliste”, *La Critique sociale*, n° 9, septiembre de 1933).

³ James O’Connor, “La seconde contradiction du capitalisme: causes et conséquences”, en “L’écologie, ce matérialisme historique”, *Actuel Marx* N° 12. París, 1992, pp. 30 y 36.

⁴ Tiziano Bagarolo, “Encore sur marxisme et écologie”, *Quatrième Internationale* N° 44, mayo-julio de 1992, p. 25.

se expandieron principalmente en los sindicatos y los partidos de izquierda de los países nórdicos, en España, en Alemania, etc.

Los callejones sin salida del ecologismo

La gran contribución de la ecología fue –y aún es– hacernos tomar conciencia de los peligros que amenazan el planeta, que son la consecuencia del actual modo de producción y de consumo. El aumento exponencial de las agresiones contra el medio ambiente y la amenaza creciente de una ruptura del equilibrio ecológico determinan un escenario-catástrofe que pone en cuestión la supervivencia de la especie humana en la Tierra. Estamos enfrentados a una *crisis de civilización* que exige cambios radicales.

Desafortunadamente, las proposiciones sostenidas por las corrientes dominantes de la ecología política europea hasta ahora han sido muy insuficientes o conducen a callejones sin salida. Su principal debilidad reside en ignorar la conexión necesaria entre el productivismo y el capitalismo. La negación de ese vínculo consustancial conduce a la ilusión de un "capitalismo limpio"; o bien a la idea de que es posible y deseable reformar el capitalismo con el fin de controlar sus "excesos" (por ejemplo, podría ser corregido por los ecoimpuestos). Y las corrientes mayoritarias de la ecología política consideran similares las economías burocráticas de coacción y las economías del productivismo occidental: rechazan juntos el capitalismo y el "socialismo", a los que consideran variantes del mismo modelo. Ahora bien, este argumento perdió mucho de su interés desde el derrumbe del pretendido "socialismo real".

Los ecologistas se equivocan si piensan que pueden pasar por alto la crítica marxiana del capitalismo. Una ecología que no se da cuenta de la relación entre "productivismo" y lógica de la ganancia está condenada al fracaso... –o, peor, a la recuperación por el sistema–. Los ejemplos no faltan... La ausencia de posición anticapitalista coherente condujo a la mayoría de los partidos verdes europeos –en Francia, Alemania, Italia y, principalmente, en Bélgica– a convertirse en simples compañeros "ecorreformistas" de la gestión social liberal del capitalismo por parte de los gobiernos de centroizquierda.

Al considerar a los trabajadores como irremediabilmente destinados al productivismo, algunos ecologistas no toman en consideración al movi-

miento obrero, y sobre su bandera se inscribe: "Ni izquierda ni derecha". Ex marxistas conversos a la ecología declaran precipitadamente el "adiós a la clase obrera" (André Gorz), mientras que otros (Alain Lipietz) insisten para que sus seguidores abandonen el "rojo" –es decir, el marxismo o el socialismo– y adhieran absolutamente al "verde", nuevo paradigma que aportaría una respuesta a todos los problemas económicos y sociales.

Finalmente, en las corrientes denominadas "fundamentalistas" o de *deep ecology*, uno ve esbozarse, bajo pretexto de luchar contra la devastadora *hybris* humana y el antropocentrismo, un rechazo del humanismo que conduce a posiciones relativistas. Estas tienden a poner a todas las especies vivientes en el mismo nivel. ¿Verdaderamente hay que considerar que el bacilo de Koch o el mosquito *Anopheles* tienen el mismo derecho a la vida que un niño enfermo de tuberculosis o de malaria?

El ecosocialismo

¿Qué es, entonces, el ecosocialismo? Se trata de una corriente de pensamiento y de acción ecológica que hace propios los conocimientos fundamentales del marxismo, al tiempo que se libera de sus escorias productivistas. Para los ecosocialistas, la lógica del mercado y de la ganancia –al igual que la del autoritarismo burocrático del extinto "socialismo real"– es incompatible con las exigencias de protección del medio ambiente natural. Al tiempo que critican la ideología de las corrientes dominantes del movimiento obrero, los ecosocialistas saben que los trabajadores y sus organizaciones son una fuerza esencial para cualquier transformación radical del sistema y para el establecimiento de una nueva sociedad, socialista y ecológica.

El ecosocialismo se desarrolló, sobre todo, en el curso de los últimos treinta años, gracias a los trabajos de pensadores de la dimensión de Manuel Sacristán, Raymond Williams, Rudolf Bahro (en sus primeros escritos) y André Gorz (ibídem), así como gracias a las valiosas contribuciones de James O'Connor, Barry Commoner, John Bellamy Foster, Joel Kovel (Estados Unidos), Juan Martínez-Alier, Francisco Fernández Buey, Jorge Riechman (España), Jean-Paul Deléage, Jean-Marie Harribey (Francia), Elmar Altvater, Frieder Otto Wolf (Alemania) y muchos otros, que se expresan en una red de revistas como *Capitalism, Nature and Socialism*, *Ecología Política*, etc.

Esta corriente está lejos de ser políticamente homogénea, pero la mayoría de sus representantes comparten ciertos ideales comunes: todos rompen con la ideología productivista del progreso –en su forma capitalista y/o burocrática– y se oponen a la expansión infinita de un modo de producción y de consumo destructor de la naturaleza. Esta corriente manifiesta un intento original de articular las ideas fundamentales del socialismo marxista con los conocimientos de la crítica ecológica.

James O'Connor define como ecosocialistas las teorías y los movimientos que aspiran a subordinar el valor de cambio al valor de uso, organizando la producción en función de las necesidades sociales y de las exigencias de la protección del medio ambiente. Su objetivo común, un socialismo ecológico, se traduciría en una sociedad ecológicamente racional fundada sobre el control democrático, la igualdad social y la predominancia del valor de uso.⁵ Yo agregaría que esta sociedad supone la propiedad colectiva de los medios de producción, una planificación democrática que permita a la sociedad definir los objetivos de la producción y las inversiones, y una nueva estructura tecnológica de las fuerzas productivas.

Dicho de otra manera, una transformación revolucionaria en el nivel social y económico.⁶

El razonamiento ecosocialista se apoya en dos argumentos esenciales:

En primer lugar, el modo de producción y de consumo actual de los países avanzados, fundado en una lógica de acumulación ilimitada (del capital, de las ganancias, de las mercancías), de despilfarro de los recursos naturales, de consumo ostentoso y de destrucción acelerada del medio ambiente, de ninguna manera puede ser extendido al conjunto del pla-

neta, bajo pena de crisis ecológica máxima. De acuerdo con cálculos ya viejos, si se generalizara al conjunto de la población mundial el consumo medio de energía de los Estados Unidos, las reservas conocidas de petróleo serían agotadas en *diecinueve días*.⁷ Este sistema está basado necesariamente, entonces, en la conservación y el agravamiento de desigualdades flagrantes, empezando por la que se da entre el Norte y el Sur.

En segundo lugar, en cualquiera de los casos, la continuación del “progreso” capitalista y la expansión de la civilización fundada en la economía de mercado –incluso bajo esta forma brutalmente desigual– amenazan directamente, a mediano plazo (cualquier previsión sería azarosa), la propia supervivencia de la especie humana. La protección del medio ambiente natural es, en consecuencia, un imperativo para el hombre.

La racionalidad limitada del mercado capitalista, con su cálculo inmediatista de las pérdidas y de las ganancias, es intrínsecamente contradictoria con una racionalidad ecológica, que toma en cuenta la temporalidad larga de los ciclos naturales. No se trata de oponer los “malos” capitalistas ecocidas a los “buenos” capitalistas verdes: es el sistema mismo, basado en la implacable competencia, las exigencias de rentabilidad, la carrera hacia la ganancia rápida, el que destruye los equilibrios naturales. El pretendido capitalismo verde no es más que una maniobra publicitaria, una etiqueta que apunta a vender una mercancía o, en el mejor de los casos, una iniciativa local equivalente a una gota de agua en el árido suelo del desierto capitalista.

Contra el fetichismo de la mercancía y la autonomización de la economía por parte del neoliberalismo, la apuesta de la que depende el porvenir es la aplicación de una “economía moral”, en el sentido que daba el historiador británico Edgard P. Thompson a ese término, es decir, una política económica basada sobre criterios no monetarios y extraeconómicos: en otros términos, la “reintracción” de la economía en lo ecológico, lo social y lo político.⁸

Las reformas parciales son totalmente insuficientes: hay que reemplazar la microrracionalidad de la ganancia por una macrorracionalidad

⁵ James O'Connor, *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*. Nueva York: The Guilford Press, 1998, pp. 278, 331.

⁶ John Bellamy Foster emplea el concepto de “revolución económica”, pero explica: “Una revolución ecológica a escala planetaria digna de ese nombre solo puede tener lugar en el marco de una revolución social –y reítero, socialista– más amplia. Una revolución de estas características [...] necesitaría, como lo subrayaba Marx, que la asociación de los productores pueda regular racionalmente la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza [...]. Debe inspirarse en las ideas de William Morris, uno de los más originales y ecologistas herederos de Karl Marx, de Gandhi y de otras figuras radicales, revolucionarias y materialistas, entre las que está el propio Marx, hasta llegar a Epicuro” (John B. Foster, “Organizing Ecological Revolution”, *Monthly Review*, vol. 57, n° 5, 2005, pp. 9-10).

⁷ María Mies, “Liberación del consumo o politización de la vida cotidiana”, *Mientras Tanto*, n° 48, Barcelona, 1992, p. 73.

⁸ Ver Daniel Bensaïd, *Marx: l'intempestif*. París: Fayard, 1995, pp. 385-386, 396 [*Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*, Trad. Agustín del Moral Tejeda, Buenos Aires: Herramienta, 2003] y Jorge Riechman, *¿Problemas con los frenos de emergencia?* Madrid: Editorial Revolución, 1991, p. 15.

social y ecológica, lo cual exige un verdadero *cambio de civilización*.⁹ Esto es imposible sin una profunda reorientación *tecnológica*, que apunte al reemplazo de las fuentes actuales de energía por otras no contaminantes y renovables, como la energía eólica o solar.¹⁰ La primera cuestión que se plantea es, en consecuencia, la del control de los medios de producción y, sobre todo, de las decisiones de inversión y de la mutación tecnológica: en estos ámbitos, el poder de decisión debe ser quitado a los bancos y a las empresas capitalistas para ser restituido a la sociedad, que es la única que puede tomar en cuenta el interés general. Sin duda, el cambio radical concierne no solo a la producción, sino también al *consumo*. No obstante, el problema de la civilización burguesa-industrial no es —contrariamente a lo que a menudo pretenden los ecologistas— el “consumo excesivo” de la población, y la solución no es una “limitación” general del consumo, principalmente en los países capitalistas avanzados. Es el *tipo de consumo* actual, basado en la ostentación, el despilfarro, la alienación mercantil, la obsesión acumuladora lo que debe ser cuestionado.

Una reorganización de conjunto del modo de producción y de consumo es necesaria, de acuerdo con criterios *exteriores al mercado capitalista*: las necesidades reales de la población (“solventes” o no) y la protección del medio ambiente. En otros términos, *una economía de transición al socialismo*, “reencastrada” (como diría Karl Polanyi) en el medio ambiente social y natural, en la medida en que derive de la elección democrática, efectuada por la propia población, de las prioridades y de las inversiones —y no por las “leyes del mercado” o por un Politburó omnisciente—. En otros términos, una planificación democrática local, nacional y, tarde o temprano, internacional que defina: 1. qué productos deberán ser subvencionados o, incluso, distribuidos gratuitamente; 2. qué opciones energéticas deberán ser continuadas, aun si no son, en un primer tiempo, las más “rentables”; 3. cómo reorganizar el sistema de transportes, en función de los criterios sociales y ecológicos; 4. qué medidas tomar para reparar, lo más rápidamente posi-

⁹ Ver, sobre esta cuestión, el notable ensayo de Jorge Riechman, “El socialismo puede llegar solo en bicicleta”, en *Papeles de la Fundación de Investigaciones Marxistas*, n.º 6, Madrid, 1996.

¹⁰ Algunos marxistas ya sueñan con un “comunismo solar”: ver David Schwartzman, “Solar Communism”, *Science and Society*, número especial “Marxism and Ecology”, vol. 60, n.º 3, otoño de 1996.

ble, los gigantescos estragos ambientales dejados “como herencia” del capitalismo. Y así lo demás...

Esta transición no solo conducirá a un nuevo modo de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un *modo de vida alternativo*, a una *civilización nueva*, ecosocialista, más allá del reino del dinero, de los hábitos de consumo artificialmente inducidos por la publicidad y por la producción al infinito de mercancías perjudiciales para el medio ambiente (¡el automóvil individual!).

¿Utopía? En el sentido etimológico (“no lugar”), sin duda. Pero si no se cree, junto con Hegel, que “todo lo que es real es racional, y todo lo que es racional es real”, ¿cómo pensar una racionalidad sustancial sin invocar utopías? La utopía es indispensable para el cambio social; extrae su fuerza de las contradicciones de la realidad y de los movimientos sociales reales. Es el caso del ecosocialismo, que propone una estrategia de alianza entre los “rojos” y los “verdes”, no en el sentido político estrecho de los partidos socialdemócratas y de los partidos verdes, sino en sentido amplio, es decir, entre el movimiento obrero y el movimiento ecologista —y la solidaridad con los/las oprimidos/as y explotados/as del Sur—.

Esta alianza presupone que la ecología renuncia a la idea de un naturalismo antihumanista, seductora para algunos, y abandona su pretensión de sustituir a la crítica de la economía política. Esta convergencia también implica que el marxismo se libera del productivismo, al reemplazar el esquema mecanicista de la oposición entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que la traban, por la mucho más fecunda idea de que las fuerzas potencialmente productivas son efectivamente fuerzas destructivas.¹¹

¿Desarrollo de las fuerzas productivas o subversión del aparato de producción?

Cierto marxismo clásico, apoyándose en algunos pasajes de Marx y de Engels, parte de la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción para definir la revolución social como la supresión de las relaciones de producción capitalistas, convertidas en un obstáculo para el libre

¹¹ Daniel Bensaid, *Marx l'Intempestif*, op. cit., pp. 391, 396.

desarrollo de las fuerzas productivas. Esta concepción parece considerar el aparato productivo como "neutro"; y, una vez liberado de las relaciones de producción impuestas por el capitalismo, podría tener un desarrollo ilimitado. El error de esta concepción no necesita ser probado.

Es necesario rechazar esta perspectiva. Desde un punto de vista ecosocialista, se puede refutar esta concepción inspirándose en los comentarios de Marx sobre la Comuna de París: los trabajadores no pueden apoderarse del aparato de Estado capitalista y hacerlo funcionar a su servicio. Deben "destruirlo" y reemplazarlo por otro, de naturaleza totalmente distinta, una forma no estatal y democrática de poder político, escribe en *La guerra civil en Francia* (1871).

El mismo análisis sirve, *mutatis mutandis*, para el aparato productivo: por su naturaleza y estructura, no es neutro; está al servicio de la acumulación del capital y de la expansión ilimitada del mercado. Está en contradicción con las exigencias de salvaguardia del medio ambiente y de salud de la fuerza de trabajo. Es necesario, entonces, "revolucionarlo" transformando radicalmente su naturaleza. Esto puede significar, para algunas ramas de la producción —por ejemplo, algunas técnicas de pesca intensiva e industrial (responsables de la casi extinción de numerosas especies marinas), la tala total en las selvas tropicales, las centrales nucleares, etc., la lista es muy larga— "destruirla".

Es el conjunto del modo de producción y de consumo, construido enteramente alrededor de un consumo energético siempre creciente, del automóvil individual y de muchos otros productos domésticos energívoros, lo que debe ser transformado, con la supresión de las relaciones de producción capitalistas y el comienzo de una transición al socialismo. Va de suyo que cada transformación del sistema productivo o de los transportes —reemplazo progresivo de la ruta por el tren, por ejemplo— debe hacerse con la garantía del pleno empleo de la fuerza de trabajo.

¿Cuál será el futuro de las fuerzas productivas en esta transición hacia el socialismo —un proceso histórico que no se cuenta ni en meses ni en años—? Dos escuelas se enfrentan en el seno de lo que podríamos llamar la izquierda ecológica. La escuela optimista, de acuerdo con la cual, gracias al progreso tecnológico y a las energías suaves, el desarrollo de las fuerzas productivas socialistas podría satisfacer "a cada uno de acuerdo con sus necesidades" (retomando el esquema de la expansión ilimitada), no integra los límites naturales del planeta, y termina

reproduciendo, bajo el rótulo de "desarrollo durable", el viejo modelo socialista. La escuela pesimista, que parte de esos límites naturales y considera que es necesario limitar, de manera draconiana, el crecimiento demográfico y el nivel de vida de las poblaciones, abriga, a veces, el sueño de una "dictadura ecológica ilustrada": como sería necesario reducir la mitad del consumo de energía, al precio de una renuncia a nuestro modo de vida (casa individual, calefacción muy confortable, etc.), estas medidas, que serían muy impopulares, sólo podrían ser impuestas sin el consentimiento de la sociedad.

Me parece que estas dos escuelas comparten una concepción puramente *cuantitativa* del desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera posición, que me parece más apropiada, cuya hipótesis principal es el *cambio cualitativo* del desarrollo: poner fin al monstruoso despilfarro de los recursos por parte del capitalismo, fundado en la producción a gran escala de productos inútiles o perjudiciales, para orientar la producción hacia la satisfacción de las necesidades auténticas, empezando por aquellas que uno puede designar como "bíblicas": el agua, el alimento, la ropa, la vivienda.

¿Cómo distinguir las necesidades auténticas de las que son artificiales y falsas? Estas últimas son inducidas por el sistema de manipulación mental que se denomina "publicidad". Pieza indispensable para el funcionamiento del mercado capitalista, la publicidad está destinada a desaparecer en una sociedad de transición hacia el socialismo, para ser reemplazada por la información, provista por las asociaciones de consumo. El criterio para distinguir una necesidad auténtica de una necesidad artificial es su persistencia luego de la supresión de la publicidad...

El automóvil individual responde a una necesidad real, pero, en un proyecto ecosocialista fundado en la abundancia de los transportes públicos gratuitos, aquel tendrá un rol mucho más reducido que en la sociedad burguesa, donde se convirtió en un fetiche mercantil, un signo de prestigio y el centro de la vida social, cultural, deportiva y erótica de los individuos.

Sin duda, responderán los pesimistas, pero los individuos son impulsados por deseos y aspiraciones infinitas, que es necesario controlar y reprimir. Ahora bien, el ecosocialismo está fundado en una apuesta, que ya era la de Marx: la predominancia, en una sociedad sin clases, del "ser" por sobre el "tener", es decir, la realización personal

de las actividades culturales, políticas, lúdicas, eróticas, deportivas, artísticas, políticas, antes que la acumulación de bienes y de productos.

Esto no quiere decir que no habrá conflicto entre las exigencias de protección del medio ambiente y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y las necesidades del desarrollo, principalmente en los países pobres. La democracia socialista, liberada de los imperativos del capital y del mercado, tiene que resolver esas contradicciones.

Convergencias en la lucha

La utopía revolucionaria de un socialismo verde o de un "comunismo solar" no significa que no se deba actuar desde ahora. No tener esperanzas en la posibilidad de ecologizar el capitalismo no quiere decir que se renuncie a comprometerse en la lucha por reformas inmediatas. Por ejemplo, algunas formas de ecoimpuestos pueden ser útiles, con la condición de que sean fijadas por una lógica social igualitaria (hacer que paguen los que contaminan y no los consumidores), y que uno se libere del mito de que sería posible calcular, de acuerdo con el precio del mercado, el costo de los daños (externalidades) ecológicas: son variables incommensurables desde el punto de vista monetario. Tenemos necesidad de ganar tiempo desesperadamente, de luchar inmediatamente por la prohibición de los gases fluorados CFC, que destruyen la capa de ozono, por una suspensión de los organismos genéticamente modificados (OGM), por limitaciones severas de las emisiones de gas con efecto invernadero, por privilegiar los transportes públicos¹² al automóvil individual contaminante y antisocial.

La trampa que nos amenaza en ese campo es ver que nuestras reivindicaciones son tomadas formalmente en cuenta, pero vaciadas de su contenido. Un caso ejemplar de ese desvío lo dio el protocolo de Kyoto sobre el cambio climático, que preveía una reducción mínima del 5 % de las emisiones de gas con efecto invernadero en relación con 1990 para el período de compromiso 2008-2012 —en efecto, demasiado poco para resultados verdaderamente concluyentes en el fenómeno de calentamiento climático del planeta—. Los Estados Unidos, principal poten-

cia responsable de las emisiones de gas, antes de ser superada en 2009 por China, se niegan siempre obstinadamente a ratificar el protocolo; en cuanto a Europa, Japón y Canadá, sin duda lo ratificaron, pero combinándolo con cláusulas, entre las que se encuentra el célebre mercado de derechos de emisión, o el reconocimiento de los pretendidos pozos de carbón, disposiciones que reducen enormemente el alcance, ya limitado, del protocolo. Antes que los intereses a largo plazo de la humanidad primaran aquellos, limitados, de las multinacionales del petróleo y del complejo industrial automotriz.¹³

La lucha por reformas ecosociales será portadora de una dinámica de cambio, de transición entre las demandas mínimas y el programa máximo, a condición de que uno se sustraiga a las presiones de intereses dominantes, que avanzan invocando las "leyes del mercado", la "competitividad" o la "modernización".

Ya se manifiesta una necesidad de convergencia y de articulación coherente de los movimientos sociales y de los movimientos ecologistas, de los sindicatos y de los defensores del medio ambiente, de los "rojos" y de los "verdes": empezando por la lucha contra el sistema de la deuda y las políticas de ajustes ultraliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Unión Europea, hasta las consecuencias sociales y ecológicas dramáticas: desocupación masiva, destrucción de los servicios públicos, de las protecciones sociales, y de las culturas cuyos productos están destinados a la alimentación, agotamiento de los recursos naturales para favorecer la exportación; y la necesidad de producir localmente bienes poco contaminantes, con normas controladas, y de asegurar la soberanía alimentaria de las poblaciones, en contra de la avaricia de las grandes empresas capitalistas.¹⁴

La lucha por una nueva civilización, a la vez más humana y más respetuosa de la naturaleza, pasará por una movilización del conjunto de los movimientos sociales emancipatorios, que es necesario asociar. Como muy bien lo dice Jorge Riechmann,

este proyecto no puede renunciar a ninguno de los colores del arcoíris: ni el rojo del movimiento obrero anticapitalista e igualitario, ni el

¹³ Ver el iluminador análisis de John Bellamy Foster, "Ecology against Capitalism", en *Monthly Review*, vol. 53, n° 5, octubre de 2001, pp. 12-14.

¹⁴ Ver Pierre Rousset, "Convergence de combats. L'écologique et le social", *Rouge*, 16 de mayo de 1996, pp. 8-9.

¹² Jorge Riechmann, "Necesitamos una reforma fiscal guiada por criterios igualitarios y ecológicos", en *De la economía a la ecología*. Madrid: Trotta, 1995, pp. 82-85.

violeta de las luchas por la liberación de la mujer, ni el blanco de los movimientos no violentos por la paz, ni el negro del antiautoritarismo de los libertarios y de los anarquistas y, aún menos, del verde de la lucha por una humanidad justa y libre sobre un planeta habitable.¹⁵

Emergencia de la cuestión ecosocial en el Sur

La ecología social se convirtió en una fuerza social y política presente en la mayoría de los países europeos, pero también, en cierta medida, en los Estados Unidos. No obstante, nada sería más fácil que considerar que las cuestiones ecológicas solo conciernen a los países del Norte, que serían un lujo más de las sociedades ricas. En los países del capitalismo periférico ("Sur") emergen movimientos sociales de dimensión ecológica que reaccionan a un agravamiento creciente de los problemas ecológicos sobre su continente, en Asia, en África o en América Latina: muy a menudo se trata de consecuencias de una política deliberada de exportación de las producciones contaminantes o de los residuos de los países imperialistas del Norte. Esta política, además, se combina con un discurso económico que la legitima como insuperable: desde el punto de vista de la lógica del mercado, formulada por el propio Lawrence Summers, eminente experto, ex jefe económico del Banco Mundial y ex Secretario del Tesoro norteamericano, ¿los pobres cuestan menos! Lo que dice, en sus propios términos, da:

El cálculo del costo de la contaminación perjudicial para la salud depende de la pérdida de rendimiento debida a la morbilidad y a la mortalidad incrementadas. Desde este punto de vista, una cantidad dada de contaminación perjudicial para la salud debería ser realizada en los países con los costos más bajos, es decir, los países con los salarios más bajos.¹⁶

Una formulación cínica que traduce sin falsos pretextos la lógica del capital globalizado. Por lo menos, su expresión tiene el mérito de la franqueza en relación con todos los discursos lenitivos de las instituciones financieras internacionales que no dejan de invocar el "desarrollo".

¹⁵ Jorge Riechmann, "El socialismo puede llegar solo en bicicleta", *op. cit.*, p. 57.

¹⁶ "Let them eat pollution", *The Economist*, 8 de febrero de 1992.

En los países del Sur se formaron movimientos que el economista barcelonés Joan Martínez-Alier denomina la "ecología del pobre", o también "neonardonismo"¹⁷ ecológico. Este designa así a las movilizaciones populares en defensa de la agricultura campesina y el acceso comunitario a los recursos naturales, amenazados de destrucción por la expansión agresiva del mercado (o del Estado), así como por luchas contra la degradación del medio ambiente inmediato provocada por el intercambio desigual, la industrialización dependiente, las manipulaciones genéticas y el desarrollo del capitalismo en el campo: los "agronegocios". A menudo, estos movimientos no se definen como ecologistas, pero su lucha no deja de tener una dimensión ecológica determinante.¹⁸

Va de suyo que no se oponen a las mejoras aportadas por el progreso tecnológico: por el contrario, la demanda de electricidad, de agua corriente, las necesidades de canalización y de desagües, la implantación de dispensarios médicos figuran en un buen lugar en las plataformas de sus reivindicaciones. Lo que rechazan es la contaminación y la destrucción de su medio natural en nombre de las leyes del mercado y de los imperativos de la expansión capitalista.

Un texto del dirigente campesino peruano Hugo Blanco expresa notablemente el sentido de esta ecología de los pobres:

A primera vista los ecologistas o conservacionistas son unos tipos un poco locos que luchan porque los ositos panda o las ballenas azules no desaparezcan. Por muy simpáticos que le parezcan a la gente común, ésta considera que hay cosas más importantes por las cuales preocuparse, por ejemplo, cómo conseguir el pan de cada día. [...] Pueden ser verdaderas hasta cierto punto esas opiniones, sin embargo en Perú existen grandes masas populares que son ecologistas activas (por supuesto si a esa gente le digo "eres ecologista" pueden contestarme "ecologista será tu madre" o algo por el estilo). [...] No son acaso ecologistas los pueblos de Ilo y de otros valles que están siendo afectados por la Southern? [...] Son completamente ecologistas las poblaciones que habitan la selva amazónica y que mueren defendiéndola contra sus

¹⁷ Alusión a la organización rusa antizarista "Narónaya Volia" (literalmente: la voluntad del pueblo); cercana al revolucionario Necháiev, que preconiza el terrorismo, solo existe durante dos años, de 1879 a 1881.

¹⁸ Joan Martínez-Alier, "Political Ecology, Distributional Conflicts, and Economic Incommensurability", *New Left Review*, n° 211, mayo-junio de 1995, pp. 83-84.

depredadores. Es ecologista la población de Lima que protesta por estar obligada a bañarse en las playas contaminadas.¹⁹

A comienzos del siglo XXI, la ecología social se convirtió en una de las formaciones más importantes del vasto movimiento contra la globalización capitalista neoliberal que se expandió tanto al norte como al sur del planeta. La presencia masiva de los ecologistas fue una de las características impresionantes de la gran manifestación de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio en 1999, que lanzó el movimiento internacional de oposición. Durante el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre, en 2001, uno de los actos simbólicos fuertes fue la operación de arranque de una plantación de maíz transgénico de la multinacional Monsanto, conducida por militantes del Movimiento de los campesinos Sin Tierra brasileño (MST) y por la Confederación campesina francesa de José Bové. La lucha contra la multiplicación descontrolada de los OGM moviliza en Brasil, en India, en Francia y en otros países, no solo al movimiento ecológico, sino también al movimiento campesino, y a una parte de la izquierda, con la simpatía de la opinión pública, inquieta por las consecuencias imprevisibles de las manipulaciones transgénicas sobre la salud pública y el medio ambiente natural.

Lucha contra la mercantilización del mundo y defensa del medio ambiente, resistencia a la dictadura de las multinacionales y combate por la ecología están íntimamente relacionados en la reflexión y en la práctica del movimiento mundial contra la mundialización capitalista/liberal.

¹⁹ Artículo publicado en el diario *La República*, Lima, 6 de abril de 1991 (citado por Joaquín Martínez-Alier, "Political Ecology, Distributional Conflicts, and Economics Incommensurability", *op. cit.*, p. 74).

Capítulo 2

Ecosocialismo y planificación democrática

Si es imposible aplicar reformas al capitalismo con el objetivo de poner los beneficios al servicio de la supervivencia humana, ¿qué alternativa existe, si no es la de optar por un género de economía planificada en los niveles nacional e internacional? Problemas tales como el cambio climático necesitan la "mano visible" de la planificación directa [...]. En el seno del capitalismo, nuestros dirigentes corporativistas de ninguna manera pueden dejar de tomar sistemáticamente decisiones sobre el medio ambiente y la economía que son erróneas, irracionales y, a fin de cuentas, suicidas a nivel mundial, teniendo en cuenta la tecnología que tienen a su disposición. Entonces, ¿qué otra elección tenemos que no sea considerar una verdadera alternativa ecosocialista?¹

Richard Smith

El ecosocialismo tiene como objetivo proveer una alternativa de civilización radical a lo que Marx denominaba el "progreso destructivo" del capitalismo.² Propone una política económica que satisfaga las

¹ Richard Smith, "The engine of ecocollapse", *Capitalism, Nature and Socialism*, vol. 16, n.º 4, 2005, p. 35.

² Karl Marx, *Das Kapital*, volumen I. Berlín: Dietz Verlag, 1960, pp. 529-530. Para un análisis notable de la lógica destructiva del capital, ver Joel Kovel, *The Enemy of Nature*, *op. cit.*, 2002.

necesidades sociales y que mantenga el equilibrio ecológico; esta debe estar basada, entonces, en criterios no monetarios y extraeconómicos. Los principales fundadores del ecosocialismo encuentran su origen en el movimiento ecológico, al mismo tiempo que en la crítica marxista de la economía política. Esta síntesis dialéctica —considerada por un amplio espectro de autores, desde André Gorz a Elmar Altvater; desde James O'Connor a Joel Kovel y John Bellamy Foster— es al mismo tiempo una crítica de la “ecología de mercado”, que se adapta al sistema capitalista, y del “socialismo productivista”, que permanece indiferente a la cuestión de los límites de la naturaleza.

De acuerdo con los ecosocialistas, los ecologistas políticos no parecen tomar en consideración la contradicción intrínseca que existe entre la dinámica capitalista, basada en la expansión ilimitada del capital y la acumulación de las ganancias, y la preservación del medio ambiente. Sin duda a menudo hacen una crítica pertinente del productivismo, pero que no conduce, no obstante, más lejos que a las reformas “ecológicas”, derivadas de la “economía de mercado”.

En el siglo XX, la socialdemocracia y el movimiento comunista de inspiración soviética aceptaron el modelo de producción existente: para la primera, una versión reformada —keynesiana, en el mejor de los casos— del sistema capitalista; para el segundo, una forma de productivismo autoritaria y colectivista —o capitalismo de Estado—. En los dos casos, las apuestas medioambientales eran dejadas de lado o, al menos, marginadas.

Karl Marx y Friedrich Engels tenían conciencia de las consecuencias destructivas para el medio ambiente del modo de producción capitalista. Varios pasajes de *El capital*, así como otros escritos, nos lo indican.³ Además, consideraban que el objetivo del socialismo no era producir cada vez más bienes, sino dar a los seres humanos tiempo libre para que puedan desarrollar plenamente su potencial. En este nivel, comparten poco la idea del “productivismo” definida como una expansión ilimitada de la producción como objetivo en sí.

No obstante, en varios de sus textos, se sugiere que la transformación socialista solo se refiere a las relaciones capitalistas de producción, que serían un obstáculo (el término empleado más a menudo es “cade-

³ Ver John B. Foster, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*. Nueva York: Monthly Review Press, 2000.

nas”) para el libre desarrollo de las fuerzas productivas. Entonces, socialismo quería decir, sobre todo, apropiación social de esas capacidades productivas, poniéndolas al servicio de los trabajadores. Tomemos, por ejemplo, un pasaje del *Anti-Dühring*, de Friedrich Engels, texto “canónico” si los hay para muchas generaciones de marxistas: bajo el régimen socialista, “la sociedad toma posesión abiertamente y sin rodeos de las fuerzas productivas que se volvieron demasiado grandes” en el sistema existente.⁴

El caso de la Unión Soviética ilustra los problemas que se derivan de una apropiación colectivista del aparato productivo capitalista. La tesis de la socialización de las fuerzas productivas existentes predominó desde la instauración del régimen en 1917. Luego de la Revolución de Octubre, muy rápidamente, el proceso de burocratización estalinista puso a punto y aplicó métodos productivistas, tanto en la agricultura como en la industria: mientras el campesinado resistía, la política del régimen era impuesta por métodos totalitarios, a riesgo de eliminar a los refractarios o a los que se suponía lo eran. En los años 1960, las autoridades soviéticas intensifican la cultura del algodón en Asia central, alimentada por el agua del mar de Aral: desde 1918, estas habían planificado desecar este mar para producir arroz y algodón. La catástrofe de Chernóbil en 1986 es el ejemplo extremo de las consecuencias desastrosas de la imitación de las tecnologías occidentales de producción. Si el cambio de las formas de propiedad no es seguido por una gestión democrática y por una reorganización ecológica del sistema de producción, se llega a una situación sin salida posible.

En los escritos de algunos disidentes marxistas de los años 1930, como Walter Benjamin, ya aparece una crítica de la ideología productivista del “progreso”, así como de la idea de una explotación “socialista” de la naturaleza. No obstante, sobre todo en el curso de los últimos decenios del siglo XX, el ecosocialismo propiamente dicho quebrantó la tesis de la neutralidad de las fuerzas productivas.

El sistema productivo debe ser transformado en su conjunto. El control público de los medios y una planificación democrática que tome en cuenta la preservación de los equilibrios ecológicos son indispensables. Constituyen dos pilares del ecosocialismo: conforme a estos principios, la inversión derivará de decisiones de orden público, al igual que

⁴ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*. París: Éditions sociales, 1950, p. 318.

el cambio tecnológico; estos dos campos de competencia serán quitados a los bancos y a las empresas capitalistas, si se quiere que sirvan al bien común de la sociedad.

No obstante, no alcanza con poner esta competencia en manos de los trabajadores, es decir, la estricta categoría de los "activos". En *El capital*, libro III, Marx define el socialismo como una sociedad en la que "los productores asociados regulan racionalmente sus intercambios (*Stoffwechsel*) con la naturaleza". En el libro primero, amplía sin embargo su abordaje: el socialismo es concebido como "una asociación de seres humanos (*Menschen*) libres que trabajan con medios comunes (*gemeinschaftlichen*) de producción".⁵ Esta concepción es mucho más apropiada: engloba a "productores" y consumidores, población productiva y "no productiva", a los estudiantes, la juventud, las mujeres (y hombres) que realizan las tareas hogareñas, jubilados, etc.

En este sentido, el conjunto de la sociedad será libre de elegir democráticamente las líneas productivas a privilegiar y el nivel de recursos que deberán ser invertidos en educación, salud o cultura.⁶ El precio de los bienes ya no sería fijado de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, sino que sería determinado de acuerdo con criterios sociales, políticos y ecológicos. Al comienzo, solo los impuestos sobre ciertos productos y subvenciones para otros serían aplicados, pero, idealmen-

⁵ Karl Marx, *Das Kapital*, volumen III, *op. cit.*, 1968, p. 828 y volumen I, *op. cit.*, 1960, p. 92. Encontramos una problemática semejante en el marxismo contemporáneo. El economista Ernest Mandel, por ejemplo, defendía una "planificación centralista pero democrática bajo la autoridad de un congreso nacional comunista constituido por varios consejos de trabajadores cuyos miembros serían en gran parte trabajadores reales" (Ernest Mandel, "Economics of transition period", en Ernest Mandel (dir.), *50 Years of World Revolution*. Nueva York: Pathfinder Press, 1971, p. 286). En escritos más recientes, hace más bien referencia a los "productores y consumidores". Ernest Mandel, teórico socialista de la planificación democrática ilustrada, no había incluido en su reflexión económica el tema de la ecología.

⁶ Ernest Mandel definía la planificación de la siguiente manera: "Una economía planificada significa [...], en relación con los recursos relativamente escasos de la sociedad, que no sean distribuidos ciegamente ("a espaldas del productor-consumidor") por la acción de la ley del valor, sino que sean conscientemente atribuidos de acuerdo con prioridades establecidas previamente. En una economía de transición en la que reine la democracia socialista, el conjunto de los trabajadores determina democráticamente la elección de sus prioridades" (Ernest Mandel, *op. cit.*, p. 282).

te, cada vez más productos y servicios serían distribuidos gratuitamente según la voluntad de los ciudadanos.

Lejos de ser "despótica" en sí, la planificación democrática es el ejercicio de la libertad de decisión que se da el conjunto de la sociedad. Un ejercicio necesario para liberarse de las "leyes económicas" y de las "jaulas de hierro" alienantes que son las estructuras capitalistas y burocráticas. La planificación democrática asociada a la reducción del tiempo de trabajo sería un progreso considerable de la humanidad hacia eso que Marx denominaba "el reino de la libertad": el aumento del tiempo libre es, de hecho, una condición de la participación de los trabajadores en la discusión democrática y en la gestión tanto de la economía como de la sociedad.

Los partidarios del mercado integral y del librecambio justifican su oposición categórica a cualquier forma de economía organizada por el fracaso de la planificación soviética. Se sabe, sin entrar en una discusión sobre los logros y los fracasos del ejemplo soviético, que se trataba, sin duda alguna, de una forma de "dictadura sobre las necesidades", para citar la expresión empleada por György Márkus y sus colegas de la Escuela de Budapest: un sistema no democrático y autoritario que otorgaba el monopolio de las decisiones a una oligarquía restringida de tecnoburócratas. No es la planificación la que condujo a la dictadura. La imitación creciente de la democracia en el seno del Estado soviético y la instauración de un poder burocrático totalitario después de la muerte de Lenin dieron lugar a un sistema de planificación cada vez más autoritario y no democrático. Si es verdad que el socialismo es definido como el control de los procesos de producción por los trabajadores y por la población en general, la Unión Soviética, bajo Stalin y luego bajo sus sucesores, estuvo muy lejos de corresponder a esta definición.

El fracaso de la Unión Soviética ilustra los límites y las contradicciones de una planificación burocrática, cuya ineficacia y cuyo carácter arbitrario precipitaron la caída del régimen: no puede servir de argumento contra la aplicación de una planificación realmente democrática.⁷ La concepción socialista de la planificación no es más que la

⁷ "Desde el punto de vista de la masa salarial, los sacrificios impuestos por la burocracia arbitraria no son ni más ni menos 'aceptables' que aquellos que son impuestos por los mecanismos del mercado. Los dos tipos de sacrificios no son más que dos formas diferentes de alienación" (Ernest Mandel, *ibid.*, p. 285).

democratización radical de la economía: si es verdad que las decisiones políticas no deben corresponder a una pequeña élite de dirigentes, ¿por qué no aplicar el mismo principio a las decisiones de orden económico? *A fortiori*, cuando la cuestión económica es la materia política por excelencia. La cuestión del equilibrio entre los mecanismos del mercado y los de la planificación es, sin duda, una apuesta compleja. Durante las primeras fases de la sociedad de transición futura, los mercados todavía ocuparán, indudablemente, un lugar importante, pero su ámbito será enmarcado y restringido a medida que la transición hacia el socialismo progrese.⁸

Engels insistía en el hecho de que una sociedad socialista

tendrá que erigir el plan de producción según los medios de producción, respecto de los que las fuerzas de trabajo forman parte especialmente. Son, a fin de cuentas, los efectos útiles de diversos objetos de uso, sopesados entre ellos y en relación con las cantidades de trabajo necesarias para su producción, los que determinarán el plan [...].⁹

En el sistema capitalista, el valor de uso solo es un medio –y a menudo un artificio– subordinado al valor de cambio y a la rentabilidad: esto explica, en realidad, por qué hay tantos productos en nuestra sociedad sin ninguna utilidad. En una economía socialista planificada, la producción de los bienes y de los servicios solo responde al criterio del valor de uso, lo que implica consecuencias en los niveles económico, social y ecológico, cuya amplitud sería espectacular. El principal impulsor de la transformación es el valor de uso: “El reforzamiento del valor de uso y las reestructuraciones subsecuentes de las necesidades se convierten en el parámetro social de la tecnología, en

⁸ En su notable libro sobre el socialismo, el economista marxista argentino Claudio Katz destaca que la planificación democrática, supervisada desde los niveles locales por la mayoría de la población, “no es sinónimo de centralización absoluta, estatización total, comunismo de guerra o economía de comando. La transición requiere la primacía de la planificación sobre el mercado, pero no la supresión de las variantes mercantiles. La combinación entre ambas instancias debería ser adaptada a cada situación y a cada país”. No obstante, “[e]l objetivo del proceso socialista no es mantener un equilibrio inmutable entre la planificación y el mercado, sino inducir la progresiva pérdida de posiciones de la asignación mercantil” (Claudio Katz, *El porvenir del socialismo*. Buenos Aires: Herramienta/Imago Mundi, 2004, pp. 47-48).

⁹ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, op. cit., p. 349.

lugar de la transformación del tiempo en plusvalía y dinero”,¹⁰ escribe Joel Kovel.

Entendámonos bien. El género de sistema de planificación democrática considerada aquí se refiere a los principios que valdrán en las elecciones económicas; y no se trata de planificar la administración de los restaurantes, las tiendas de comestibles, las panaderías, los pequeños comercios, las empresas artesanales ni tampoco de los servicios. Es importante destacar que la planificación no entra en contradicción con la autogestión de los trabajadores en sus unidades de producción. Mientras que la decisión de transformar, por ejemplo, una fábrica de automóviles en unidad de producción de buses o de tranvías correspondería al conjunto de la sociedad, la organización y el funcionamiento internos de la fábrica serían administrados por los propios trabajadores. Se debatió ampliamente acerca del carácter “centralizado” o “descentralizado” de la planificación, pero lo importante sigue siendo el control democrático del plan en todos los niveles –local, regional, nacional, continental y, esperamos, planetario–, dado que los temas de la ecología, tales como el calentamiento climático, son mundiales y solo pueden ser tratados a esta escala. Esta proposición podría ser denominada “planificación democrática global”. Incluso a un nivel como este, se trataría de una planificación –que se opone a lo que a menudo se describe como una “planificación central”–, pues las decisiones económicas y sociales no serían tomadas por un “centro” cualquiera, sino que serían determinadas democráticamente por las poblaciones implicadas.

Por supuesto, en el marco de un sistema de planificación democrática no dejarán de evocarse tensiones y contradicciones entre los establecimientos autogestionados y las administraciones democráticas locales y de otros grupos sociales más amplios. Las negociaciones conducirán a la resolución de conflictos; en última instancia, a los grupos implicados más amplios, y solo si son mayoritarios, corresponderá ejercer su derecho a imponer sus opiniones. Tomemos un ejemplo: una fábrica autogestionada decide descargar sus desechos tóxicos en un río. La población de toda una región es amenazada por esta contaminación. En ese momento, ella puede, luego de un debate democrático, decidir que la producción de esa unidad debe ser detenida hasta que se encuentre una solución satisfactoria. Idealmente, en una sociedad ecosocialista, los propios

¹⁰ Joel Kovel, *The Enemy of Nature*, op. cit., p. 215.

trabajadores de la fábrica tendrán una conciencia ecológica suficiente y evitarán tomar decisiones peligrosas para el medio ambiente y para la salud de la población local. No obstante, el hecho de introducir medios que garanticen el poder de decisión de la población para defender el interés general, como en el ejemplo precedente, no significa que las cuestiones concernientes a la administración interna no tengan que someterse a los ciudadanos a nivel de la fábrica, de la escuela, del barrio, del hospital o del pueblo.

La planificación socialista debe estar basada en un debate democrático y pluralista, en cada nivel de decisión. Surgidos de partidos o de plataformas políticas, los delegados de los organismos de planificación son elegidos y las diversas proposiciones son presentadas a todos aquellos a los que conciernen. Dicho de otro modo, la democracia representativa debe ser enriquecida —y mejorada— por la democracia directa, que permite a las personas elegir directamente —en el nivel local, nacional y, en último lugar, internacional— entre diferentes proposiciones. Podría debatirse sobre la gratuidad del transporte público, sobre un impuesto especial pagado por los propietarios de automóviles para subvencionar el transporte público, sobre la subvención de la energía nuclear, sobre la reducción del tiempo de trabajo (a 30, 25 horas semanales o menos), incluso si esto implica una reducción de la producción. El carácter democrático de la planificación no la vuelve incompatible con la participación de los expertos, cuyo rol no es decidir, sino contribuir a los debates y a la información públicos conquistando su posición —a menudo diferente e, incluso, opuesta—. Ernest Mandel resumía así la democracia que planifica:

Los gobiernos, los partidos políticos, los consejos de planificación, los científicos, los tecnócratas o los individuos pueden hacer proposiciones, presentar iniciativas e intentar influir a las personas... No obstante, en un sistema multipartidario, tales proposiciones nunca serán unánimes: las personas elegirán entre varias opciones coherentes. Así, el derecho y el poder efectivo de tomar las decisiones deberían estar al mismo tiempo en las manos de la mayoría de los productores-consumidores-ciudadanos y de nadie más. ¿Hay algo paternalista o despótico en esta postura?¹¹

¹¹ Ernest Mandel, *Power and Money*. Londres: Verso, 1991, p. 209.

Una objeción, no obstante, merece ser formulada: ¿qué garantía hay de que las personas harán las elecciones correctas, las que protegen el medio ambiente, incluso cuando el precio a pagar sea alto? Pues el precio será el cambio de una parte de sus hábitos de consumo.

Una "garantía" de este tipo no existe. Uno no puede más que confiar en la racionalidad de las decisiones democráticas. Es verdad que el pueblo a veces cometerá errores y malas elecciones, ¿pero acaso los expertos no cometen errores? Mandel observó:

No pensamos que "la mayoría siempre tenga razón" [...]. Todo el mundo comete errores. Esto es verdad para la mayoría de los ciudadanos, de los productores y de los consumidores, todos juntos. No obstante, habrá una diferencia esencial entre ellos y sus predecesores. En cualquier sistema en el que el poder es desigual [...], quienes toman las malas decisiones acerca de la asignación de los recursos raramente son los que pagan las consecuencias de sus errores [...]. Teniendo en cuenta el hecho de que exista una real democracia política, elecciones culturales reales e información, es difícil creer que la mayoría preferiría ver la desaparición de sus bosques [...] o sus hospitales con un número insuficiente de personal antes que corregir los errores de asignación.¹²

Es razonable, entonces, considerar que los errores graves —incluyendo las decisiones incompatibles con las necesidades en materia de medio ambiente— serán corregidos. En todo caso, uno se puede preguntar si el proceso democrático, con todos sus límites... no sería menos peligroso que la alternativa —el mercado despiadado o una dictadura ecologista de los "expertos"—¹³ que se perfila si los pueblos no intervienen.

¹² Ernest Mandel, "In defense of socialist planning", *New Left Review*, n° 1, vol. 159, 1986, p. 31.

¹³ Algunos ecologistas consideran que la única alternativa al productivismo es detener el crecimiento en su conjunto. Para hacerlo, hay que reducir drásticamente el nivel de consumo de la población y renunciar a las casas individuales, a la calefacción central y a las lavadoras, entre otros, para bajar el consumo de energía en gran medida. Para imponer medidas de austeridad draconianas necesariamente impopulares, algunos abogados del decrecimiento juegan con la idea de una especie de "dictadura ecológica". Ver la obra sobre el "decrecimiento", Majid Rahnema (con Victoria Bawtree) (dir.), *The Post-Development Reader*. Atlantic Highlands: Zed Books, 1997. Y Michel Bernard et alii (dir.), *Objectif Décroissance. Vers une société harmonieuse*. Lyon:

Sin duda, para que la planificación funcione, son necesarios cuerpos ejecutivos y técnicos que puedan aplicar las decisiones, pero su autoridad será limitada por el control permanente y democrático ejercido por los niveles inferiores, allí donde la autogestión de los trabajadores tenga lugar en el proceso de administración democrática. De todos modos, no se puede esperar que la mayoría de la población emplee la totalidad de su tiempo libre a la autogestión o a reuniones participativas. Como lo observó Ernest Mandel, "la autogestión no tiene por efecto la supresión de la delegación, sino que es una combinación entre la toma de las decisiones por parte de los ciudadanos y un control más estricto de los delegados por sus electores respectivos".¹⁴

A comienzos de los años 2000, el publicista norteamericano Michael Albert definió y describió la economía que sería "la vida después del capitalismo": la denominó "*participatory economics*" o *parecon*, la "economía participalista". Esta fue el objeto de debates en el seno del movimiento altermundialista y del Global Justice Movement (el Movimiento por la justicia global). Esta concepción de una economía postcapitalista muestra serias limitaciones, como la ignorancia de la ecología; opone "*parecon*" y "socialismo", que reduce al modelo burocrático y centralista de la Unión Soviética. El "*parecon*" tiene características comunes con el género de planificación ecosocialista que formulamos nosotros: rechazo del mercado capitalista y de la planificación burocrática, antiautoritarismo y confianza otorgada a la autoorganización de los trabajadores. El modelo de planificación participativa de Albert se basa en una construcción institucional compleja. Esta está hecha del diálogo, de la concertación permanente de los diferentes actores sociales:

Los trabajadores y los consumidores determinan en común la producción evaluando de manera profunda todas las consecuencias. Las instancias de asistencia para las decisiones anuncian a continuación los índices de los precios para todos los productos, los factores de producción, entre los que se encuentran la mano de obra y el capital fijo.

Parangon, 2004. El principal teórico francés del decrecimiento es Serge Latouche, autor de *La Planète des naufragés. Essai sur l'après-développement*. París: La Découverte, 1991; *Le Pari de la décroissance*, Fayard, 2006 y del *Petit Traité de la décroissance sereine*, Mille et une nuits, 2007.

¹⁴ Ernest Mandel, *Power and Money*, op. cit., p. 204.

Estos índices son calculados en función del año precedente y de los cambios ocurridos. Los consumidores (individuos, consejos, federación de consejos) responden con proposiciones utilizando esos precios como una evaluación realista del conjunto de los recursos, del material, de la mano de obra, de los efectos indeseables (como la contaminación) y ventajas sociales inherentes a cada bien o servicio. Simultáneamente, los trabajadores individuales, así como sus consejos y federaciones, hacen sus propias proposiciones, anunciando lo que prevén producir y los factores de producción necesarios, basándose también ellos en los precios como estimación del valor social de la producción y de los costos que implica. Sobre la base de las proposiciones hechas públicas por los trabajadores y los consumidores, los consejos de decisión pueden calcular los excesos de oferta o de demanda para cada producto y revisar el índice de precios de acuerdo con un método que es objeto de un acuerdo social. Los consejos revisan entonces sus proposiciones [...]. En la medida en que ningún actor tiene más influencia que otro actor en el proceso de planificación, en el que cada uno evalúa los costos y los beneficios sociales con un peso que corresponde al grado de implicación en la producción y el consumo, ese proceso genera simultáneamente equidad, eficacia y autogestión.¹⁵

El principal problema de esta concepción —que no es para nada "muy simple", contrariamente a lo que afirma Michel Albert, sino extremadamente elaborada y, a veces, bastante oscura— es que parece reducir la "planificación" a una especie de negociación entre productores y consumidores sobre los precios, los recursos, los productos terminados, la oferta y la demanda. Concretamente, para la rama de la industria del automóvil, esto se traduciría en una reunión del consejo de sus trabajadores con el consejo de consumidores para discutir precios y adaptar la oferta a la demanda. Lo que aquí se omite es precisamente el objeto principal de la planificación ecosocialista, su razón de ser: la reorganización del sistema de transporte, cuyo objetivo es reducir radicalmente el lugar del automóvil personal. El *parecon* privilegia la concertación, sector por sector, mientras que el ecosocialismo los recompone en su estructura, a la manera de diversas industrias

¹⁵ Michel Albert, *Après le capitalisme. Éléments d'économie participaliste*. Marsella: Agone, colección "Contre-feux", 2003, pp. 121-122.

-nuclear, por ejemplo-; o bien busca crear algo nuevo, a través de la inversión masiva, como la energía solar. ¿Cómo podría ser administrada toda la producción industrial por medio de "negociaciones cooperativas" entre las unidades de producción existentes y los consejos de consumidores, únicamente encuadrando sus "recursos" y sus "precios indicativos"?

El modelo de Albert conserva, de hecho, las estructuras tecnológicas y productivas actuales; es demasiado "economicista" para tomar en cuenta los intereses sociopolíticos y socioecológicos de la población -los intereses de los individuos en tanto seres humanos y ciudadanos, que viven en un medio ambiente natural amenazado, los cuales no pueden reducirse a sus intereses económicos en tanto productores y consumidores-. En su concepción, no solo el Estado en tanto institución es dejado a un lado -lo cual constituye una elección respetable-, sino que la *política* también es apartada, en tanto confrontación de diferentes elecciones, ya sean de orden económico, social, político, ecológico, cultural o relativo a la civilización, en los niveles local, nacional e internacional.

Este punto es muy importante dado que el pasaje del "progreso destructivo" del sistema capitalista al "socialismo" (o planificación democrática) es un proceso histórico, una transformación revolucionaria y constante de la sociedad, de la cultura y de las mentalidades -y la *política* en sentido amplio, tal como fue definida antes, está innegablemente en el corazón de este proceso-. Una evolución como esta no puede nacer sin un cambio revolucionario de las estructuras sociales y políticas y sin el apoyo activo de una amplia mayoría de la población al programa ecosocialista. Esta transición no solo conducirá a un nuevo modo de producción y a una sociedad democrática e igualitaria, sino también a otro *modo de vida*: conducirá a una verdadera *civilización* ecosocialista, por encima del imperio del dinero, con sus hábitos de consumo artificialmente inducidos por la publicidad y su producción ilimitada de bienes inútiles y/o perjudiciales para el medio ambiente.

Lejos de la concepción puramente *cuantitativa* del "crecimiento" -positivo o negativo-, la planificación ecosocialista tendrá como criterio de desarrollo lo *cualitativo*. Su primer objetivo es poner fin al despilfarro monstruoso de los recursos provocado por el capitalismo. La planificación excluirá de la producción a gran escala todos los productos inútiles y/o perjudiciales, como también todos esos "productos"

fabricados en el sistema capitalista con una obsolescencia programada,¹⁶ que no tienen más utilidad que la de generar volumen de negocios y sacar ganancia para las grandes empresas. La planificación no se interesa solo por el "consumo excesivo" en abstracto, entonces, sino más bien por el tipo de consumo.

La planificación democrática deberá hacer suyas, como prioridad, la cuestión alimentaria -tan crucial en el Norte como en el Sur- y la agricultura biológica campesina, organizada en unidades familiares, cooperativas o granjas colectivas, con el objetivo de terminar con los métodos destructivos y antisociales de la industria de los agronegocios; deberá decidir acerca de la producción de la industria química. De ninguna manera existe la necesidad -como parecen creerlo algunos ecologistas puritanos y ascéticos- de reducir, en términos absolutos, el nivel de vida de las poblaciones europeas o norteamericanas. Simplemente sería necesario que estas se desprendan de los productos inútiles y peligrosos, los que no satisfacen ninguna necesidad real y cuyo consumo obsesivo es mantenido por el sistema capitalista.

Otra prioridad, los recursos energéticos renovables: el agua, el viento y el sol. La cuestión de la energía es crucial, porque la energía fósil es responsable de la mayor parte de la contaminación del planeta y porque se agota. La energía nuclear es una falsa alternativa, no solo por el riesgo de un nuevo Chernóbil, sino también porque nadie sabe qué hacer con los millares de toneladas de residuos radioactivos -que continúan siendo tóxicos durante centenares, millares de años-. ¿En qué se convertirán las centrales detenidas, contaminadas e inútiles? Dejadas de lado desde siempre por las sociedades capitalistas (por su falta de "rentabilidad" o de "competitividad"), la energía solar debe, en la planificación democrática, convertirse en objeto de impulso de investigaciones y de desarrollo. Debe desempeñar un rol central en la construcción de un sistema energético alternativo.

En el ámbito del transporte, el automóvil individual plantea problemas complejos. Los vehículos individuales son un perjuicio público. A escala planetaria, matan o mutilan a centenas de miles de personas cada año. Contaminan el aire de las grandes ciudades -con

¹⁶ Allí donde se ve que el capitalismo, desde finales de los años 60, también situó la "planificación", que es la dilapidación de los recursos, para aumentar constantemente y a un ritmo artificial la producción.

consecuencias nefastas para la salud de los niños y de las personas mayores— e influyen considerablemente en el cambio climático. Pero es necesario constatar que el automóvil satisface necesidades muy reales en las condiciones actuales del capitalismo. En las grandes ciudades europeas, en las que las autoridades se preocupan por el medio ambiente, experiencias locales —aprobadas por la mayoría de la población— demuestran que es posible limitar progresivamente el lugar del automóvil particular para privilegiar el bus o el tranvía. La planificación democrática podría apropiarse de la cuestión de la cobertura en red del territorio por medio de los transportes ferroviarios, tanto para los pasajeros como para el transporte de mercaderías.

Dentro de esta perspectiva sería mucho más fácil reducir drásticamente el transporte de mercaderías por carreteras —responsable de accidentes trágicos y del nivel de contaminación demasiado elevado— para reemplazarlo por el transporte ferroviario, o el transporte en camión por vías ferroviarias [*ferroulage*]: solo la lógica absurda de la “competitividad” capitalista explica el desarrollo del transporte a través de camiones. No es menos cierto que el automóvil no solo tiene su valor de uso, y que su valor simbólico es enorme, y esto es así desde su creación.¹⁷

La publicidad invadió nuestras calles, nuestros buzones de correo, nuestras pantallas de televisión, nuestros diarios y nuestros paisajes de una manera insidiosa, permanente y agresiva. La industria publicitaria contribuye directamente en los hábitos de consumo ostensible y compulsivo. Acerca de ella y de su existencia habrá que decidir en el marco de la planificación democrática. Es la causa de un despilfarro tremendo de petróleo, de electricidad, de tiempo de trabajo, de

¹⁷ Ernest Mandel era consciente de esta resistencia y se mostraba escéptico acerca de la rapidez de los cambios de consumo, en particular con el automóvil individual, por ejemplo: “Si, a pesar de los argumentos de peso tales como la defensa del medio ambiente, entre tantos otros, [los productores y los consumidores] quisieran perpetuar la dominación del automóvil individual a carburante y seguir contaminando sus ciudades, esto sería su derecho. En cuanto a las orientaciones de consumo arraigadas, los cambios son a menudo bastante lentos. Son pocos los que piensan que los trabajadores norteamericanos renunciarían a sus autos al día siguiente de una revolución socialista” (Ernest Mandel, “In defense of socialist planning”, *op. cit.*, p. 30). Sin duda, Mandel tiene razón en insistir con la idea de que el cambio de los modelos de consumo no debe ser impuesto, pero subestima mucho el impacto que tendría un sistema de transporte público generalizado y gratuito (o poco costoso).

papel y de sustancias químicas, entre otras materias primas —todo pagado por los consumidores—. Se trata de una rama de “producción” que no solo es inútil desde el punto de vista humano, sino que también entra en contradicción con las necesidades sociales reales. Mientras que la publicidad es una dimensión indispensable en una economía de mercado capitalista, no tendría lugar en una sociedad de transición hacia el socialismo.

Una cosa es reconocer en el hombre sus deseos de representación, su necesidad de ostentación, pero otra es favorecer la publicidad, que concierne a la manipulación mental. La aspiración que debe ser cultivada es la del tiempo libre por sobre el deseo de poseer innumerables objetos. El fetichismo de la mercancía que mantiene y explota la publicidad incita a la compra compulsiva. Nada prueba que este modo de ser por el “tener” forme parte de la “eterna naturaleza humana”. Como lo destacó Ernest Mandel,

la acumulación permanente de bienes cada vez más numerosos (cuya “utilidad marginal” está en descenso) no es en absoluto un rasgo universal ni permanente del comportamiento humano. Una vez satisfechas las necesidades básicas, las motivaciones principales evolucionan: desarrollo de los talentos y de las inclinaciones gratificantes para uno mismo, preservación de la salud y de la vida, protección de los niños, desarrollo de relaciones sociales enriquecedoras...¹⁸

Los conflictos existirán y emergerán: entre las necesidades de protección del medio ambiente y las necesidades sociales, entre las obligaciones en materia de ecología y la necesidad de desarrollar las infraestructuras de base, entre los hábitos populares de consumo y la falta de recursos. El rol de la planificación democrática, en una perspectiva ecosocialista liberada de las obligaciones del capital y de la ganancia, será resolverlos gracias a discusiones abiertas y pluralistas, que conduzcan a la sociedad a tomar las decisiones. Una democracia como esta, común y participativa, es el único medio, no para evitar cometer errores, sino para corregirlos por medio de la colectividad social.

¿Se trata de una utopía? En el sentido etimológico —“algo que no existe en ningún lugar”—, sin duda. No obstante, las utopías, es decir,

¹⁸ Ernest Mandel, *Power and Money*, *op. cit.*, p. 206.

las visiones de un mundo alternativo, las imágenes ideales de una sociedad diferente, ¿no son una característica necesaria de cualquier movimiento que aspire a desafiar el orden establecido? Como lo explica Daniel Singer en su testamento literario y político, *À qui appartient l'avenir?* [¿A quién pertenece el futuro?], en un potente capítulo titulado "Une utopie réaliste" [Una utopía realista]:

Si el establecimiento parece tan sólido a pesar de las circunstancias, y si el movimiento de los trabajadores –o la izquierda en general– está en ese punto debilitada o paralizada, es porque en ningún lado se presenta un proyecto alternativo radical [...]. La regla del juego consiste en no poner en cuestión ni los principios de razonamiento ni los fundamentos de la sociedad. Solo una alternativa global, que rompa esta resignación y esta capitulación, podrá dar al movimiento de emancipación una real convergencia.¹⁹

La utopía socialista y ecológica solo es una *posibilidad objetiva*. No es el resultado mecánico de las contradicciones ni de las "leyes de hierro de la Historia". Solo se puede predecir el futuro bajo forma condicional: la lógica capitalista llevará a desastres ecológicos dramáticos que amenazan la salud y la vida de millones de seres humanos e, incluso, la supervivencia de nuestra especie, si no se asiste a un cambio radical del paradigma de la civilización y a una transformación ecosocialista.

Las experiencias en el nivel local, como las zonas sin automóviles en varias ciudades europeas, las cooperativas de agricultura orgánica lanzadas por el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil (MST) o el presupuesto participativo de Porto Alegre son ejemplos limitados, pero no carentes de interés, del cambio social y ecológico. Con sus asambleas locales que decidían prioridades del presupuesto, Porto Alegre, capital del Estado de Rio Grande do Sul, era, a pesar de sus límites y hasta el fracaso de la izquierda en las elecciones municipales de 2002, el ejemplo más interesante de una "planificación desde abajo".²⁰

¹⁹ Daniel Singer, *À qui appartient l'avenir? Pour une utopie réaliste*, Bruselas: Complexe, 2004, pp. 304-305.

²⁰ Ver Sergio Baierle, *The Porto Alegre Thermidor*, en *Socialist Register 2003: Fighting Identities*, vol. 39. (<http://www.thesocialregister.com>).

No habrá transformación radical ni de transición hacia el ecosocialismo mientras las fuerzas comprometidas en un programa radical, socialista y ecológico no sean hegemónicas, en el sentido en el que lo entendía el teórico italiano Antonio Gramsci. En un sentido, el tiempo es nuestro aliado, pues trabajamos por el único cambio capaz de resolver los problemas del medio ambiente, cuya situación no hace más que agravarse. Por otro lado, el tiempo está contado; en algunos años –nadie podría decir cuándo–, los daños podrían ser irreversibles. No hay razones para ser optimista: el poder de las élites actuales a la cabeza del sistema es inmenso, y las fuerzas de oposición radical son aún modestas. No obstante, son la única esperanza que tenemos para poner un freno al "progreso destructivo" del capitalismo. Walter Benjamin proponía definir la revolución, no como "locomotora de la Historia", sino como la acción salvadora de la humanidad, que tira del freno de emergencia antes de que el tren se hunda en el abismo...²¹

²¹ Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, volumen I/3. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1980, p. 1232.

II

Marxismo y ecosocialismo

Capítulo 3

Progreso destructivo: Marx, Engels y la ecología

¿En qué medida el pensamiento de Marx y de Engels es compatible con la ecología moderna? ¿Se puede concebir una lectura ecológica de Marx? ¿Cuáles son los aportes indispensables del marxismo para la constitución de un ecosocialismo a la altura de los desafíos del siglo XXI? ¿Y cuáles son las concepciones de Marx que exigen una "revisión" en función de estas exigencias?

Mi punto de partida es la siguiente comprobación: en primer lugar, los temas ecológicos no ocupan un lugar central en el dispositivo teórico marxiano; en segundo lugar, los escritos de Marx y de Engels sobre la relación entre las sociedades humanas y la naturaleza están lejos de ser unívocos y pueden, en consecuencia, ser objeto de interpretaciones diferentes. A partir de estas premisas, intentaré poner en evidencia algunas tensiones o contradicciones en los textos de los fundadores del materialismo histórico, subrayando, no obstante, las pistas que dan para una ecología de inspiración marxista.

¿Cuáles son las principales críticas que los ecologistas dirigen al pensamiento de Marx y de Engels?

En primer lugar, se describe a los dos pensadores como partidarios de un progresismo conquistador, "prometeico", que opone el hombre a la

naturaleza y hace de él "como el amo y poseedor" del mundo natural, de acuerdo con la fórmula de Descartes. Es verdad que en ambos se encuentran numerosas referencias a las nociones de "control", de "dominio" o incluso de "dominación" de la naturaleza. Por ejemplo, según Engels, en el socialismo, los seres humanos "por primera vez se convierten en amos reales y conscientes de la naturaleza, en tanto amos de su propia vida en sociedad".¹ No obstante, como lo veremos más adelante, los términos "dominio" o "dominación" de la naturaleza a menudo remiten al conocimiento de las leyes de la naturaleza.

Luego, lo que impresiona desde los primeros escritos de Marx es su naturalismo ostensible, su visión del ser humano como un ser natural, inseparable de su medio ambiente natural. La naturaleza, escribe Marx en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, "es el cuerpo no orgánico del hombre". O también: "Decir que la vida física e intelectual del hombre está indisolublemente ligada a la naturaleza no quiere decir algo diferente de que la naturaleza está indisolublemente ligada a sí misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza".

Sin duda, Marx reivindica el humanismo, pero define el comunismo como un humanismo que es, al mismo tiempo, un "naturalismo consumado"; y, sobre todo, lo concibe como la verdadera solución del "antagonismo entre el hombre y la naturaleza". Gracias a la abolición positiva de la propiedad privada, la sociedad humana se convertirá en la "culminación de la unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo consumado del hombre y el humanismo consumado de la naturaleza".²

Estos pasajes no se ocupan directamente del problema ecológico—ni a fortiori de las amenazas al medio ambiente—, pero se inscriben en una lógica que permite un abordaje de la relación hombre-naturaleza que no sea unilateral. En un texto célebre de Engels sobre "el rol del trabajo en la transformación del mono en hombre" (1876), esta concepción del naturalismo funda su crítica de la actividad predadora del hombre sobre el medio ambiente:

¹ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, op. cit., p. 322.

² Karl Marx, *Manuscritos de 1844. Économie politique et philosophie*. París: Éditions sociales, pp. 62, 87, 89 [*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Trad. de Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda. Introducción de Miguel Vedda. Buenos Aires: Colihue, colec. "Colihue Clásica", 2004].

No debemos jactarnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Por cada una de estas victorias, la naturaleza se venga sobre nosotros. Es verdad que cada victoria nos da, en primera instancia, los resultados esperados pero, en segunda y tercera instancias, ella tiene efectos diferentes, no esperados, que muy a menudo anulan el primero. Las personas que, en Mesopotamia, en Grecia, en Asia Menor y en otros lugares, destruyeron los bosques para obtener tierras cultivables nunca imaginaron que, al eliminar junto con los bosques los centros de recolección y las reservas de agua, sentaron las bases para el estado desolado actual de esas regiones. Cuando los italianos de los Alpes talaron los bosques de pino de las vertientes sur, tan amados en las vertientes norte, no tenían la menor idea de que, actuando de esa manera, talaban las raíces de la industria lechera de su región; aún menos preveían que, a través de su práctica, privaban a sus manantiales montañosos de agua durante la mayor parte del año [...]. Los hechos nos recuerdan a cada paso que no reinamos de ninguna manera sobre la naturaleza como un conquistador reina sobre un pueblo extranjero, como alguien que está por fuera de la naturaleza, sino que le pertenecemos con nuestra carne, nuestra sangre, nuestro cerebro, que estamos en su seno y que toda nuestra dominación sobre ella reside en la ventaja que tenemos sobre el conjunto de las otras criaturas de conocer sus leyes y de poder servirnos de ellas de manera juiciosa.³

Sin duda, este pasaje tiene un carácter muy general; no cuestiona el modelo de producción capitalista, pero las civilizaciones antiguas no dejan de constituir un argumento ecológico de una sorprendente modernidad, tanto por su advertencia contra las destrucciones generadas por la producción como por su crítica de la deforestación.

Según los ecologistas, Marx, siguiendo en esto al economista inglés David Ricardo, atribuiría el origen de todo valor y de toda riqueza al trabajo humano, dejando a un lado el aporte de la naturaleza. Esta crítica deriva, desde mi punto de vista, de un malentendido: Marx emplea la teoría del valor-trabajo para explicar el origen del *valor de cambio* en el marco del sistema capitalista. Por el contrario, la naturaleza participa en la formación de las verdaderas riquezas, que no son los valores de cambio, sino los *valores de uso*. Esta tesis es propuesta

³ Friedrich Engels, *La Dialéctica de la naturaleza*. París: Éditions sociales, 1968, pp. 180-181.

muy explícitamente por Marx en la *Crítica del programa de Gotha* (1875), texto dirigido contra las ideas del socialista alemán Ferdinand de Lassalle y de sus discípulos:

El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es fuente de los valores de uso (¡que son efectivamente, no obstante, la riqueza real!), como también lo es el trabajo, que no es más que la expresión de una fuerza natural, la fuerza de trabajo del hombre.⁴

Los ecologistas acusan a Marx y a Engels de productivismo. ¿Es justificada esta acusación?

No, en la medida en que nadie denunció tanto como Marx la lógica capitalista de producción por la producción, la acumulación del capital, de las riquezas y de las mercancías como un objetivo en sí. La idea de socialismo —en contra de sus miserables imitaciones burocráticas— es la de una producción de valores de uso, de bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. El objetivo supremo del progreso técnico, según Marx, no es el crecimiento infinito de bienes (el “tener”), sino la reducción de la jornada de trabajo, y el crecimiento del tiempo libre (el “ser”).⁵

No obstante, es verdad que a menudo se encuentra en Marx y en Engels (y aún más en el marxismo posterior) una postura poco crítica respecto del sistema de producción industrial creado por el capital, y una tendencia a hacer del “desarrollo de las fuerzas productivas” el principal vector del progreso. Desde este punto de vista, el texto “canónico” es el célebre prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), uno de los escritos de Marx más marcados por cierto evolucionismo, por la filosofía del progreso, por el cientismo (el mode-

lo de las ciencias de la naturaleza) y por una visión de ninguna manera problematizada de las fuerzas productivas:

En cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...]. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en obstáculos. Entonces se abre una época de revolución social. [...] Una formación social no desaparece nunca antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que es lo suficientemente amplia para contener.⁶

En este pasaje célebre, las fuerzas productivas aparecen como “neutras”, y la revolución no tiene otra tarea que abolir las relaciones de producción que se convirtieron en un “obstáculo” para un desarrollo ilimitado de estas.

El pasaje siguiente de los *Grundrisse* (1857-1859, esbozos de *El capital*) es un buen ejemplo de la admiración muy poco crítica de Marx por la obra “civilizadora” de la producción capitalista, y por su instrumentalización brutal de la naturaleza:

Así, pues, la producción basada en el capital crea, por un lado, la industria universal, es decir, el sobretrabajo, al mismo tiempo que el trabajo creador de valores; por otro lado, un sistema de explotación general de las propiedades de la naturaleza y del hombre. [...] El capital empieza a crear, entonces, la sociedad burguesa y la apropiación universal de la naturaleza y establece una red que engloba a todos los miembros de la sociedad: así es la gran acción civilizadora del capital.

Se eleva hasta tal nivel social que todas las sociedades anteriores aparecen como desarrollos puramente locales de la humanidad y como una idolatría de la naturaleza. En efecto, la naturaleza se convierte en un puro objeto para el hombre, una cosa útil. No se la reconoce más como un poder. La inteligencia teórica de las leyes naturales tiene todos los aspectos de la astucia que busca someter la naturaleza a las necesidades humanas, o bien como objeto de consumo, o bien como medio de producción.⁷

⁴ Karl Marx, *Critique des programmes de Gotha et d'Erfurt*. París: Éditions sociales, 1950, p. 18. Ver también *El capital*. París: Garnier-Flammarion, 1969, libro I, p. 47: “El trabajo no es, entonces, la única fuente de los valores de uso que produce, de la riqueza material. Es su padre, y la tierra, su madre, como dice William Petty”.

⁵ Acerca de la oposición entre “tener” y “ser”, ver *Manuscritos de 1844*, op. cit., p. 103: “Menos eres, menos manifiestas tu vida; más posees, más tu vida alienada se agranda, más acumulas de tu ser alienado”. Sobre el tiempo libre como la base del socialismo, ver *Das Kapital*, op. cit., libro III, p. 828.

⁶ Karl Marx, Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*. París: Éditions sociales, 1977, p. 3.

⁷ Karl Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política*. París: Anthropos, 1967, pp. 366-367.

Parece faltar a Marx, al igual que a Engels, una noción general de los límites naturales para el desarrollo de las fuerzas productivas.⁸ No obstante, se encuentra bajo su pluma la intuición de que las fuerzas productivas tienen un potencial destructivo de estas, como, por ejemplo, en este pasaje de *La ideología alemana* (1845-1846):

En el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a un estadio en el que nacen fuerzas productivas y medios de circulación que solo pueden ser nefastos en el marco de las relaciones existentes y no son más fuerzas productivas, sino fuerzas destructivas (el maquinismo y el dinero).⁹

Desafortunadamente, esta idea no es desarrollada por los dos autores, y no es seguro que la destrucción de la que se trata aquí sea también la de la naturaleza.

Por el contrario, en varios pasajes que se refieren a la agricultura, se ve esbozar una verdadera problemática ecológica y una crítica radical de las catástrofes que derivan del productivismo capitalista: Marx postula una especie de *teoría de la ruptura del metabolismo* entre las sociedades humanas y la naturaleza, que derivaría del productivismo capitalista.¹⁰ El punto de partida de Marx lo constituyen los trabajos del químico y agrónomo alemán Justus von Liebig, uno de cuyos "méritos inmortales es haber destacado ampliamente el lado negativo de la agricultura moderna desde el punto de vista científico",¹¹ escribe. La expresión "*Riß des Stoffwechsels*", literalmente "ruptura" o "desgarraimiento" "del metabolismo" o "de los intercambios materiales", aparece principalmente en un pasaje del capítulo 47, "Génesis de la renta de la tierra capitalista", en el libro III de *El capital*:

Por una parte, la gran propiedad territorial reduce la población agrícola a un mínimo en decadencia constante; por otra parte, le opone una

población industrial en constante crecimiento, acumulada en las grandes ciudades: crea, en consecuencia, condiciones que provocan un *ruptura irreparable* (*unheilbaren Riß*) en el metabolismo (*Stoffwechsel*) social, un metabolismo prescrito por las leyes naturales de la vida; de esto se deriva que la fuerza del suelo es dilapidada (*verschleudert*), y este despilfarro se extiende debido al comercio mucho más allá de los límites de cada país. (Liebig) [...] La gran industria y la gran agricultura industrial actúan en común. Mientras que en el origen se distinguían en el hecho de que la primera devastaba (*verwüster*) y arruinaba la fuerza de trabajo y, en consecuencia, la fuerza natural de los seres humanos, mientras que la segunda hacía directamente lo mismo a la fuerza natural del suelo, en su desarrollo posterior ellas unieron sus esfuerzos, en la medida en que el sistema industrial en el campo debilita también al trabajador, mientras que la industria y el comercio proveen a la agricultura los medios para agotar el suelo.¹²

Como en la mayoría de los ejemplos que veremos a continuación, la atención de Marx se concentra sobre la agricultura y el problema de la devastación de los suelos, pero une esta cuestión a un principio más general: la ruptura en el sistema de intercambios materiales (*Stoffwechsel*) entre las sociedades humanas y el medio ambiente, en contradicción con las "leyes naturales" de la vida. También es interesante observar dos sugerencias importantes, aun cuando hayan sido poco desarrolladas por Marx: la cooperación entre la industria y la agricultura en ese proceso de ruptura, y la extensión de los daños, gracias al comercio internacional, a una escala global.

El tema de la ruptura del metabolismo se encuentra también en un pasaje conocido del libro I de *El capital*: la conclusión del capítulo sobre la gran industria y la agricultura. Es uno de los raros textos de Marx en los que se trata explícitamente de los estragos provocados en el medio ambiente natural por el capital; aparece allí una visión dialéctica de las contradicciones del "progreso" inducido por las fuerzas productivas:

La producción capitalista [...] no solo destruye la salud física de los obreros urbanos y la vida espiritual de los trabajadores rurales, sino que también perturba la circulación material (*Stoffwechsel*) entre el hombre

⁸ Para una discusión detallada de esta cuestión, remito al texto de Ted Benton en ese mismo volumen, pp. 95 y 98.

⁹ Karl Marx, *L'idéologie allemande*. París: Éditions sociales, 1970, pp. 67-68.

¹⁰ Retomo este término, y el análisis que se deriva de él, de la importante obra de John Bellamy Foster, *Marx's Ecology*, op. cit., pp. 155-167.

¹¹ Karl Marx, *Le Capital*, trad. de Joseph Roy. París: Éditions sociales, 1969, tomo I, p. 660.

¹² Karl Marx, *Das Kapital*, libro III, op. cit., ; *Gesammelte Werke*, Band 25, op. cit., p. 821.

y la tierra, y la condición natural eterna de la fertilidad durable (*dauern*) del suelo, volviendo cada vez más difícil la restitución al suelo de los ingredientes que le son quitados y que son usados en forma de alimentos, de ropa, etc. Pero, transformando las condiciones en las que se produce casi espontáneamente esa circulación, obliga a restablecerla de una manera sistemática, bajo una forma adecuada al desarrollo humano integral y como ley reguladora de la producción social. [...] Además, cada progreso de la agricultura capitalista no solo es un progreso en el arte de explotar al trabajador, sino también en el arte de despojar el suelo; cada progreso en el arte de incrementar su fertilidad por un tiempo es un progreso en la ruina de las fuentes durables de fertilidad. Cuanto más un país, los Estados Unidos de América, por ejemplo, se desarrolla sobre la base de la gran industria, tanto más ese proceso de destrucción se consume rápidamente. La producción capitalista no desarrolla, entonces, la técnica y la combinación del proceso de producción social más que socavando (*untergräbt*) al mismo tiempo las dos fuentes de donde mana toda riqueza: la tierra y el trabajador.¹³

Varios aspectos son notables en este texto: en primer lugar, la idea de que el progreso puede ser destructivo, un "progreso", entonces, en la degradación y el deterioro del medio ambiente natural. El ejemplo elegido no es el mejor, y aparece demasiado limitado —la pérdida de la fertilidad del suelo—, pero al menos plantea la cuestión más general de los ataques al medio natural, a las "condiciones naturales eternas", por parte de la producción capitalista. La explotación y el sometimiento de los trabajadores y de la naturaleza son aquí puestos en paralelo, como resultado de la misma lógica predatoria, la que prevalece en el desarrollo de la gran industria y de la agricultura capitalistas. Este es un tema que vuelve a menudo en *El capital*, por ejemplo en el capítulo dedicado a la jornada de trabajo:

La limitación del trabajo manufacturero fue dictada por la necesidad, por la misma necesidad que hizo esparcir el guano en los campos de Inglaterra. La misma codicia ciega que agota el suelo atacaba hasta su raíz la fuerza vital de la nación. [...] En su pasión ciega y desmesurada, en la glotonería de trabajo, el capital no solo supera los límites morales, sino también el límite fisiológico extremo de la jornada de traba-

jo. [...] Y alcanza su objetivo reduciendo la vida del trabajador, de la misma manera en que un agricultor ávido obtiene de su suelo un mayor rendimiento agotando su fertilidad.¹⁴

Esta asociación directa hecha por Marx entre la explotación del proletariado y la de la tierra efectivamente inicia una reflexión acerca de la articulación entre lucha de clases y defensa del medio ambiente, en un combate común contra la dominación del capital.

Todos estos textos ponen en evidencia la contradicción entre la lógica inmediatista del capital y la posibilidad de una agricultura basada en una temporalidad mucho más larga, es decir, en una perspectiva duradera e intergeneracional que respete el medio ambiente:

Aun químicos agrícolas totalmente conservadores, como Johnston, por ejemplo, reconocen que la propiedad privada es un límite infranqueable para una agricultura verdaderamente racional. [...] Todo el espíritu de la producción capitalista, orientada hacia la ganancia monetaria inmediatamente próxima, está en contradicción con la agricultura, que debe tener en cuenta el conjunto permanente (*ständigen*) de las condiciones de vida de la cadena de las generaciones humanas. Los bosques son un ejemplo impresionante de esto, en la medida en que son administrados en cierta medida de acuerdo con el interés general solo cuando no están sometidos a la propiedad privada sino a la gestión estatal.¹⁵

Luego del agotamiento del suelo, el otro ejemplo de catástrofe ecológica evocado frecuentemente por Marx y Engels es el de la destrucción de los bosques. Aparece varias veces en *El capital*:

El desarrollo de la civilización y de la industria en general [...] siempre se mostró tan activo en la devastación de los bosques que todo lo que puede ser emprendido para su conservación y su producción es, en comparación, completamente insignificante.¹⁶

Los dos fenómenos —la degradación de los bosques y del suelo— están, además, estrechamente vinculados en sus análisis. En un pasaje

¹³ Karl Marx, *Le Capital*, libro I, op. cit., p. 363; *Das Kapital*, libro I, op. cit., pp. 528-530.

¹⁴ Karl Marx, *Le Capital*, libro I, op. cit., pp. 183-200.

¹⁵ Karl Marx, *Das Kapital*, libro III, op. cit., pp. 630-631.

¹⁶ *Ibid.*, libro II, op. cit., p. 247.

de la *Dialéctica de la naturaleza*, Engels se refiere a la destrucción de los bosques cubanos por parte de los grandes productores de café españoles y a la desertificación que se deriva de la explotación de los suelos; la califica como ejemplo de la "actitud inmediata y predadora hacia la naturaleza del actual modo de producción" y de la indiferencia por los efectos naturales perjudiciales de sus acciones a más largo plazo.¹⁷

El problema de la contaminación del medio ambiente no está ausente de las preocupaciones de los dos pensadores, pero es abordado casi exclusivamente desde el ángulo de la insalubridad de los barrios obreros de las grandes ciudades inglesas. El ejemplo más impresionante está contenido en las páginas de *Situación de la clase obrera en Inglaterra*: Engels describe allí con horror e indignación la acumulación de los detritus y de los residuos industriales, vertidos en las calles y en los ríos; habla de las emanaciones de gas carbónico que envenenan la atmósfera, de las "exhalaciones de los ríos contaminados y pútridos", etc.¹⁸ Implícitamente, estos pasajes, y otros análogos, denuncian la contaminación del medio ambiente por parte de la actividad industrial capitalista, pero la cuestión nunca es planteada directamente.

¿Cómo definen Marx y Engels el programa socialista en relación con el medio ambiente natural?

Ambos pensadores a menudo parecen concebir la producción socialista como la apropiación colectiva de las fuerzas y medios de producción desarrollados por el capitalismo: una vez abolido el "obstáculo" que representan las relaciones de producción y, en particular, las relaciones de propiedad, estas fuerzas podrán desarrollarse plenamente. Habría, entonces, una especie de continuidad sustancial entre el aparato productivo capitalista y el socialista, y la apuesta socialista es ante todo una gestión planificada y racional de esta civilización material creada por el capital.

¹⁷ Friedrich Engels, *Dialectics of Nature*. Moscú: Progress Publishers, 1964, p. 185.

¹⁸ Friedrich Engels, *The Conditions of the Working-Class in England* (1844), en Karl Marx, Friedrich Engels, *On Britain*. Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1953, pp. 129-130.

Por ejemplo, en la célebre conclusión del capítulo sobre la acumulación primitiva de *El capital*, Marx escribe:

El monopolio del capital se convierte en un obstáculo para el modo de producción que creció y prosperó con él y bajo sus auspicios. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que ya no pueden mantenerse en su envoltura capitalista. Esta envoltura vuela en pedazos. Termina la hora de la propiedad capitalista. [...] La producción capitalista engendra su propia negación con la fatalidad que preside a las metamorfosis de la naturaleza.¹⁹

Independientemente del determinismo fatalista y positivista que lo caracteriza, este pasaje parece dejar intacto, en la perspectiva socialista, el conjunto del modo de producción creado "bajo los auspicios" del capital, sin poner en cuestión más que la "envoltura" de la propiedad privada, convertida en un "obstáculo" para los recursos materiales de la producción. Se vuelve a encontrar la misma lógica en varios pasajes del *Anti-Dühring* (1875), de Friedrich Engels, en el que se aborda el socialismo en tanto desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas:

La fuerza de expansión de los medios de producción hace saltar las cadenas con las que el modo de producción capitalista la había cargado. Su liberación de las cadenas es la única condición requerida para un desarrollo ininterrumpido de las fuerzas productivas, que progresan a un ritmo cada vez más rápido y, en consecuencia, para un crecimiento sin límites de la producción.²⁰

No es necesario decir que el problema del medio ambiente está ausente de esta concepción del pasaje al socialismo. No obstante, también se encuentran otros escritos que toman en consideración la dimensión ecológica del programa socialista y abren algunas pistas interesantes. Vimos que los *Manuscritos de 1844* de Marx se refieren al comunismo como la "verdadera solución del antagonismo entre el ser humano y la naturaleza". Y, en el pasaje citado, Marx deja entender que las sociedades precapitalistas aseguraban "espontáneamente" (*naturwüchsig*) el metabolismo (*Stoffwechsel*) entre los grupos humanos y la

¹⁹ Karl Marx, *Le Capital*, libro I, op. cit., pp. 566-567.

²⁰ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, op. cit., p. 321.

naturaleza; en el socialismo (la palabra no aparece directamente, pero se la puede inferir por el contexto), se deberá restablecer el ciclo material "como ley reguladora de la producción social". Es una lástima que ni Marx ni Engels hayan desarrollado más su intuición basada en la idea de que las sociedades precapitalistas vivían "espontáneamente" en armonía con su medio natural, y que la tarea del socialismo será la de restablecer esa armonía sobre bases nuevas.²¹

Varios pasajes de Marx parecen considerar la conservación del medio ambiente como una tarea fundamental del socialismo. Por ejemplo, el libro III de *El capital* opone, a la lógica capitalista de la gran producción agrícola, basada en la explotación y el despilfarro de las fuerzas del suelo, otra lógica, de naturaleza socialista: el "tratamiento conscientemente racional de la tierra como eterna propiedad comunitaria, y como condición inalienable (*unveräußerlichen*) de la existencia de la reproducción de la cadena de las generaciones humanas sucesivas". Un razonamiento análogo se encuentra algunas páginas antes:

Ni una sociedad entera, ni una nación; ni, finalmente, todas las sociedades contemporáneas tomadas en su conjunto son propietarias de la tierra. Solo son sus ocupantes, los que la usufructúan (*Nutznieser*), y deben, como *boni patres familias*, dejarla en mejor estado para las futuras generaciones.²²

En otros términos, Marx parece aceptar el "Principio responsabilidad" que, mucho más tarde, será caro a Hans Jonas, el de la obligación que corresponde a cada generación de respetar el medio ambiente —condición de existencia para las generaciones humanas futuras—.

En algunos textos, el socialismo está asociado a la abolición de la separación entre ciudades y campo y, en consecuencia, a la supresión de la contaminación industrial urbana:

Solo a través de la fusión de la ciudad y el campo se puede eliminar la intoxicación actual del aire, del agua y del suelo; solo ella puede

²¹ Este aspecto del texto se perdió en la traducción de *El capital* de Jean Pierre Lefebvre, que se encuentra en la traducción del artículo de Ted Benton, en la medida en que "*naturwüchsig*", "espontáneo" (idea de un crecimiento natural), se traduce como "origen simplemente natural".

²² Karl Marx, *Das Kapital*, libro III, *op. cit.*, pp. 784, 820. La palabra "socialismo" no aparece en estos pasajes, pero está implícita.

llevar a las masas que hoy languidecen en las ciudades al punto en el que su estiércol servirá para producir plantas, en lugar de producir enfermedades.²³

La formulación es torpe —en la medida en que la cuestión se reduce a un problema de transformación del estiércol humano!—, pero plantea un problema crucial: ¿cómo poner fin al envenenamiento industrial del medio ambiente? La novela utópica del gran escritor marxista libertario William Morris, *Noticias de ninguna parte* (1896), es un intento fascinante por imaginar un mundo socialista nuevo, en el que las grandes ciudades industriales habrían cedido su lugar a un hábitat urbano-rural respetuoso del medio ambiente natural.

Finalmente, siempre en ese mismo libro III de *El capital*, Marx ya no define el socialismo como la "dominación" o el "control" humano sobre la naturaleza, sino más bien como el control sobre los intercambios materiales con la naturaleza: en la esfera de la producción material, "la única libertad posible es la regulación racional, por parte del ser humano socializado, de los productores asociados, de su metabolismo (*Stoffwechsel*) con la naturaleza; que lo controlen juntos en lugar de ser dominados por él como por un poder ciego".²⁴

No sería difícil encontrar otros ejemplos de una real sensibilidad hacia la cuestión del medio ambiente natural de la actividad humana. No es menos cierto que a Marx y Engels les falta una perspectiva ecológica de conjunto. Por lo demás, es imposible pensar una ecología crítica

²³ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, *op. cit.*, p. 335. Ver también el siguiente pasaje de *La Question du logement* (París: Éditions sociales, 1957, p. 102), de Engels: "La supresión de la oposición entre la ciudad y el campo no es más una utopía que la supresión del antagonismo entre capitalistas y asalariados. [...] Nadie lo reivindicó con más fuerza que Liebig en sus obras sobre la química agrícola, en las que demanda, para comenzar y constantemente, que el hombre devuelva a la tierra lo que recibe de ella y en las que demuestra que solo la existencia de las ciudades, principalmente de las grandes ciudades, presenta un obstáculo para eso". La continuación de la argumentación gira en torno a, una vez más, los "abonos naturales" producidos por las grandes ciudades.

²⁴ Karl Marx, *Das Kapital*, libro III, *op. cit.*, p. 828. Ted Benton, que parece haber leído este texto en traducción para su obra *Marx, Malthus and the Greens*, se pregunta si, al hablar de "controlar juntos", Marx se refiere a la naturaleza o al intercambio con ella. El texto alemán no deja lugar a dudas, pues se trata del masculino (*ihm*) de la palabra "metabolismo" y no del femenino de "naturaleza".

a la altura de los desafíos contemporáneos, sin tomar en consideración la crítica marxiana de la economía política, su cuestionamiento de la lógica destructiva inducida por la acumulación ilimitada del capital. Una ecología que ignora o desprecia el marxismo y su crítica del fetichismo de la mercancía está condenada a no ser más que un correctivo de los "excesos" del productivismo capitalista.

Provisoriamente se podría concluir con una sugerencia, que me parece pertinente, formulada por Daniel Bensaïd en su notable obra consagrada a Marx: reconociendo que sería tan abusivo exonerar a Marx de las ilusiones "progresistas" o "prometeicas" de su tiempo como hacer de él un poeta de la industrialización a ultranza, nos propone un recorrido mucho más fecundo: instalarse en las contradicciones de Marx y tomarlas en serio. La primera de estas contradicciones es, por supuesto, la que se da entre el credo productivista de algunos textos y la intuición de que el progreso puede ser fuente de destrucción irreversible del medio ambiente natural.²⁵

¿Qué transformaciones deben darse en el sistema productivo para que resulte compatible con la salvaguardia de la naturaleza?

El desafío del ecosocialismo es reorientar el progreso de manera tal de volverlo compatible con la preservación del equilibrio ecológico del planeta.

El talón de Aquiles del razonamiento de Marx y de Engels era, en ciertos textos canónicos, una concepción acrítica de las fuerzas productivas capitalistas, es decir, del aparato técnico / productivo capitalista / industrial moderno, como si fueran neutras y como si bastara a los revolucionarios con socializarlas, reemplazando su apropiación privada por una apropiación colectiva, de modo tal de hacer que se orienten en beneficio de los trabajadores de manera ilimitada. Pienso que habría que aplicar al aparato productivo modelado por el capital el mismo razonamiento que Marx proponía, en *La guerra civil en Francia* (1871), en relación con el aparato de Estado: "La clase obrera no puede contentarse con tomar tal cual la máquina del Estado y hacerla funcio-

²⁵ Daniel Bensaïd, *Marx l'intempestif*, op. cit., p. 347.

nar para su beneficio".²⁶ *Mutatis mutandis*, los trabajadores no pueden contentarse con tomar tal cual la máquina productiva capitalista y orientarla en beneficio propio; deben transformarla radicalmente. Una transformación que se puede estimar equivalente a la que Marx deseaba en una carta a Kugelmann en relación con la Comuna de París: "romper el aparato de Estado" burgués sería "romper el aparato neoliberal". Esto no solo implica el reemplazo de las formas de energías destructivas por fuentes de energía renovables y no contaminantes, como la energía solar, sino también una profunda transformación del sistema productivo heredado del capitalismo, así como de los sistemas de transporte y de hábitat urbano.

En suma, el ecosocialismo implica una ruptura radical con la civilización material capitalista. Dentro de esta perspectiva, el proyecto socialista no solo apunta a una nueva sociedad y a un nuevo modo de producción, sino también a un nuevo paradigma de civilización.

²⁶ Karl Marx, *La Guerre des classes en France 1871*, en Marx, Engels, Lenin, *Sur la Commune de Paris*. Moscú: Éditions du Progrès, 1971, p. 56.